

Palabras para la Pasión

REESCRIBIR EL AMOR

A lo largo de la historia de la humanidad han surgido y han ido desapareciendo grandes civilizaciones, culturas que, en muchos casos, no nos queda más de ellas que unos restos silenciosos que no llegan a decirnos nada de lo que en realidad significaron. ¿Qué nos esconde el tiempo —y nos seguirá escondiendo— de la gran cultura babilónica, de la antigua civilización china o de la azteca? Experiencias humanas han quedado sepultadas definitivamente en el olvido, experiencias que son ya irrecuperables. Una cultura es una comprensión-cordial, una afectiva-razón de la realidad, y de la misma manera que hay genes biológicos, que nos transmiten la manera de vida de todos nuestros antepasados (de todos los que nos fueron siendo), de la misma forma, existen los genes culturales, genes que nos imprimen la historia en lo más adentro de nosotros mismos y que nos legan la experiencia racio-cordial del encuentro de los que nos antecedieron con la realidad. Y como hay herencia biológica que se la traga la nada, genotipos que desaparecen, hay genes culturales que llegan a extinguirse. Con las últimas generaciones de hombres y mujeres de una cultura que muere, mueren también conocimientos y sentimientos, perdidos irremediabilmente, extinguidos para la vida e historia de todos los demás hombres. Experiencias de belleza, religiosas, sentimientos ante la vida, ciencia y saber, propuestas que se hacen en la historia, que afectan a nuestro ser y que pueden fraguar nuestra existencia en frustración o en plenitud.

Nuestra cultura también pudo haberse perdido para siempre. Esta inteligencia cultural, este corazón cultural con los que, en libertad, se nos posibilita el pensar y el querer, pudieron haber sido desterrados a los abismos de la nada. Cuando los pueblos bárbaros invaden y hacen caer el Imperio Romano, la experiencia de realidad del mundo occidental, griego-judío-cristiano, se tambalea. De no haber sido por la labor del monacato medieval nuestra Europa sería una Europa arrasada e invertebrada. El silencio de los siglos medievales guarda el trabajo generoso de reescritura de una cultura. Tras los muros recios de los monasterios del medievo, al abrigo de la paz, en el ir y venir de las horas, anónimos monjes sellan para el futuro el sentir y el pensar de occidente. (Un español, Isidoro de Sevilla, es uno de los hombres que mejor representa este espíritu).

Me pregunto si hoy no nos encontramos con una situación similar a la de entonces. ¿Es éste uno de esos momentos-quicio de la historia en el que es más posible renunciar a esta matriz cultural? ¿Nos es más fácil hoy querer arrojar al olvido total nuestra misma posibilidad de ser (y no es lo mismo ser de una u otra forma)? Nuestro occiden-

te, está siendo un occidente barbarizado, desolado en su espíritu, se nos redesquebraja nuestra cultura. Son muchos los ámbitos optimizados, pero quién dudará en pensar que “vivimos una época de evasión, distracción, superficialidad, desencanto, apatía, y pasividad, entorno que crea un desánimo subjetivo, un desfondamiento interior, que reseca la vida y acaba por trivializarla reduciendo todas las dimensiones a mera funcionalidad” (J. CONILL, *El crepúsculo de la metafísica*). Es tiempo de “reescritura”. Ojalá no nos forjemos un indeseado desastre, pero si así aconteciera, que dentro de unos siglos, el hombre nuevamente se pueda encontrar entre las manos “experiencias de amor”. Hoy es urgente “reescribir el amor”, éste es el debate profundo de nuestra historia. Que al hombre no se le pueda olvidar nunca que lo más bello es llegar a ser no sólo por lo que uno logra sino por lo que a uno se le concede inesperada, inmerecida y gratuitamente, esto es ser persona, ésta es la verdad sobre la que se asentó occidente. Al hombre descorazonado, que sólo lo mueve el éxito más inmediato posible, la eficacia, el bienestar, el pasarlo bien a costa de lo que fuere la satisfacción más inmediata del tener y del placer, del acaparar, del poseer y dominar, a este hombre, algún día, si no se nos olvida, habrá que halarle de gratuidad. Más alarmante que se extinga una mariposa es que se extinga un gesto de amor, una realidad bien entendida y comprendida; más desesperanzador que una especie nos diga adiós definitivamente es que el hombre se quede sin una mirada serena y esperanzada. Quien quiera, que forje una historia para el futuro, ya hay quienes lo quieren, quienes quieren que algún día nuestros hijos puedan indignarse ante el aborto, ante la miseria, que ellos puedan simplemente, tener unas entrañas de misericordia, que no les falten palabras vitales para la gratuidad, realidades de amor. Para quienes les importe más esto que el “dinero” (el mejor símbolo de nuestra era) les espera una labor silenciosa, poco reconocida, aparente fracaso, años de anonimato y contradicción, de sombra y olvido, —no importa—, sobre sus vidas se alzarán nuevas vidas y con ellas, también nosotros, podremos despertar a una inteligencia con corazón cuidadosamente guardados.

Y si aún se nos escapa de las manos este proyecto de humanidad, que no podamos decir que no estuvimos a tiempo en el camino de la historia, y desde el asombro seguiremos reconociendo que el misterio inefable del amor siempre nos desborda.

JUAN VILLEGAS CANO
Salamanca, 1992